
Vocación, historia y discernimiento

Vocation, History, and Discernment

RECIBIDO: 19 DE ABRIL DE 2018 / ACEPTADO: 25 DE MAYO DE 2018

Pablo MARTI

Universidad de Navarra. Facultad de Teología
Pamplona, España
ID ORCID 0000-0002-8893-489X
pmarti@unav.es

Resumen: Uno de los caminos insustituibles para comprender la vocación cristiana es el de la teología espiritual. La vocación depende a un nivel profundo de la acción de Dios en el mundo, de su voluntad salvífica sobre todos los hombres que se realiza contando con la respuesta libre de las personas a la llamada divina. Al mismo tiempo, esa respuesta a una llamada personal se sitúa en un contexto social determinado que afecta al fenómeno de la vocación. El artículo examina el conjunto de relaciones que convergen en la vocación, como son las relaciones entre la libertad, la naturaleza y la historia de cada persona. A continuación, se analizarán las condiciones de un auténtico discernimiento vocacional.

Palabras clave: Vocación cristiana, Discernimiento, Libertad.

Abstract: Spiritual theology is one of the indispensable paths toward understanding Christian vocation. Vocation profoundly depends on God's action in the world, on his will to save all mankind, which counts on human beings' free response to divine calling. At the same time, response to a personal calling is made in a particular social context that affects the phenomenon of vocation. This article examines the set of relations that converge on vocation, such as those between freedom, nature, and each person's history. In the end, the article analyzes the requisites of an authentic vocational discernment.

Keywords: Christian Vocation, Discernment, Freedom.

La pregunta por la vocación es una pregunta acuciante, especialmente hoy. No sólo para la Iglesia, que en su propio ser es convocación, llamada; sino también para los jóvenes, que buscan en medio de tantas posibilidades un sentido fuerte para su vida. El papa Francisco ha señalado esta realidad, abriendo un ámbito especial de reflexión en la Iglesia a partir de la preparación y convocatoria del Sínodo de los obispos sobre la vocación y los jóvenes¹.

Nuestro análisis se suma a estos esfuerzos, desde la perspectiva de la teología espiritual, por tanto, atendiendo a la teología de la vocación, teniendo muy en cuenta, al mismo tiempo, el contexto social cercano. En consecuencia, primero estudiaremos las relaciones entre libertad, naturaleza e historia de la persona, y a continuación nos centraremos en el discernimiento de la llamada.

1. DE SUS INTERROGANTES A LA VOCACIÓN

El planteamiento vocacional consiste en la pregunta *qué quiere Dios de mí*, o cuál es mi vocación, a lo que sigue la disposición para dar los pasos necesarios que me lleven a encontrar esa vocación. La vocación del cristiano tiene que ver fundamentalmente con Dios –no sólo con uno mismo–; y también tiene que ver con la Iglesia y con los caminos en los que, en la Iglesia, se puede realizar esa vocación.

Hay un aspecto moral en la vocación que lleva a preguntarse si existe el deber de seguirla y cuál es el significado de negarse a ello o de no perseverar en el camino vocacional iniciado. Porque la vocación cristiana se plantea desde la fidelidad, es decir, como algo permanente en el tiempo durante de la vida. Todo ello conecta con la libertad personal. ¿Realmente se es libre –o por el contrario hay una obligación– para escoger una vocación, la que sea, y para perseverar en esa vocación? Y además, ¿es posible una libertad para toda la vida: es decir, es posible el compromiso para siempre, o es simple ilusión?

Lógicamente unida a la cuestión de la libertad está la siguiente pregunta: ¿seré feliz? La felicidad, ¿se encuentra en la propia vocación, o no están para nada asociadas vocación y felicidad?

A la hora del discernimiento vocacional entran en juego dos cuestiones fundamentales: la libertad y la felicidad. Son cruciales, porque llevan directamente al análisis esencial: ¿qué es la vocación? No simplemente cuál es, cómo descu-

¹ FRANCISCO, *Carta a los jóvenes con ocasión de la presentación del Documento preparatorio de la XV Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos*, 13-I-2017.

brirla y la manera de conservarla, sino en qué consiste la vocación. La vocación, ¿es algo interno o externo?, ¿intrínseco a la persona o extrínseco? ¿Es algo –una perla o un tesoro– que la persona encuentra como por casualidad en el camino de la vida, o algo que está en el interior, de algún modo, desde siempre?

Como se puede observar, hay muchos temas importantes entrelazados. Por ello es preciso descubrir el hilo de unión de todas esas realidades: vida, Dios, libertad, fidelidad, felicidad. Ese hilo es la verdad de la vocación.

2. LA VOCACIÓN COMO LLAMADA DE DIOS: UNA APROXIMACIÓN

Vocación significa llamada, y uno no se puede llamar a sí mismo en el sentido radical. Sólo Dios puede llamar en lo más hondo de la existencia. Éste es uno de los grandes subrayados contemporáneos de la teología. El otro va unido a él: Dios llama, pero ¿llama a todos?, ¿la vocación es para todos o sólo para algunos?

Precisamente porque es Dios quien llama y llama a todos, su llamada aunque viene de fuera, de su Amor, no es extrínseca². «Dios es más íntimo que lo más íntimo mío» (san Agustín). Por eso la llamada de Dios nos personaliza, nos identifica, nos hace ser quienes somos. Al ser imagen de Dios, y por tanto, verdad amada que debe amar, la vocación es nuestra verdad radical, interior, profunda. Y la fuerza y la imposición de la vocación es la fuerza de nuestra verdad. Una verdad que se realiza en la historia, porque la historia es fruto de la libertad, que configura nuestra biografía. Nuestra vida es el relato, la historia de nuestra verdad.

Esa verdad propia debe ser amada (aceptarse a uno mismo), y amar con toda su fuerza a los demás (desde la propia verdad). Pero éste es el papel de la libertad: aceptarse a uno mismo y entregarse como un don para los demás. Por tanto, la vocación es el lugar de la libertad. Libertad y vocación se desarrollan en armonía: cuando amo lo que soy, cuando amo quien soy, viviéndolo, entonces resplandece la felicidad.

² Como afirma TORELLÓ, J. B., en *Psicología y vida espiritual* (Madrid: Rialp, 2008, 179-205) el nombre *vocación* hace referencia a algo externo. Y de ahí lleva a una confusión de extrínsecismo, con dos errores comunes: el *maravillosismo* y el *aptitudismo*, ambos reflejo de una falsa concepción de la libertad de la persona y de la libertad de Dios. A pesar de este peligro, el nombre es muy útil: hay un algo externo, una llamada desde fuera, porque Dios nos ha hecho para que salgamos de nosotros mismos. La vida personal es éxtasis. Ahora bien, la vida es un misterio, más aún la vida con Dios. Cada vocación entraña un entrecruzamiento de libertad y de gracia. Por eso, nuestra tesis es que la vocación no se puede determinar en abstracto, fuera de la historia concreta.

En el curso de la vida, hay regiones de desemejanza, olvidos de la identidad. Estos reveses pueden ser más o menos graves, más o menos duraderos. De la misma manera, en la vida hay momentos de subrayar la identidad, de ir más lejos, más alto y más allá. Uno de los compromisos más importantes es el compromiso inicial con la vocación que marca toda la vida. A esta realidad queremos referirnos.

2.1. *El contexto cercano*

La pregunta por la vocación es una pregunta viva. A la vez, no siempre encuentra una respuesta clara e inmediata. Sin duda, la dificultad más directa proviene de la opinión cultural mayoritaria sobre la noción de vocación. Desde distintos puntos de partida, en los últimos siglos se ha abierto camino la idea de que el hombre es creador de sí mismo. Al proponerse objetivos y llevarlos a cabo, sin imposiciones externas ni ayuda de nadie, el hombre consigue hacerse a sí mismo. La vocación en ese contexto surge de dentro, como de la nada, de la pura voluntad de afirmarse a uno mismo, sin reconocer la existencia de algo previo y trascendente: Dios, la Iglesia –con la tradición y la comunidad que nos precede– y el mundo con su historia.

El mundo de hoy está marcado por el ideal de la autonomía absoluta. El hombre se considera ley para sí mismo de un modo absoluto, hasta el punto de que su parecer se erige en medida de lo bueno y de lo malo para él³. Este individualismo a ultranza tiene una serie de derivaciones muy relevantes para el tema que nos ocupa⁴:

1) La tiranía del resultado. El nuevo imperativo no es ya «haz lo que te mandan», sino «haz todo lo posible», partiendo de la base de que nada es imposible. Cuando este ideal se convierte en el rasgo distintivo de toda la sociedad, se llega a lo que un pensador contemporáneo ha denominado la sociedad del rendimiento⁵.

³ Cfr. RATZINGER, J., «La libertad y la verdad», en *Fe, verdad y tolerancia: el cristianismo y las religiones del mundo*, Sígueme: Salamanca, 2005, 200-222.

⁴ Cfr. ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS, N., «Teología y pastoral de la vocación en el contexto actual», *Scripta Theologica* 49 (2017) 603-605. Ver también el fino análisis de MUNILLA, J. I., «La evangelización de los jóvenes ante la *emergencia afectiva*», Congreso Nacional de Pastoral Juvenil de Valencia (3-XI-2012), donde señala el narcisismo, el pansexualismo y la desconfianza como las heridas que afectan a la juventud.

⁵ HAN, B.-C., *La sociedad del cansancio*, Barcelona: Herder, 2012, 31-32.

2) El sentimentalismo sin espíritu. Superada la época del racionalismo y del voluntarismo, la identidad personal viene ligada al sentimentalismo. Las emociones, los deseos, los sentimientos se consideran habitualmente como el criterio por el que tomamos decisiones y juzgamos correctas o equivocadas las decisiones de los demás. De este modo, incluso el deseo de autenticidad queda reducido y no va más allá de lo sensible, de lo placentero.

3) Quizá la consecuencia definitiva sea vivir en un mundo cansado, marcado por la pobreza de horizontes. Parece que los jóvenes están en la época de la indiferencia nihilista. Desde la mitad de los 70 –afirma Cencini⁶– estamos en la era de la depresión. No tanto clínica cuanto de indiferencia y apatía general. La consecuencia de un viaje desde el narcisismo, verdadera estación de partida, al nihilismo, como término no deseado e imprevisto es la parábola cultural existencial juvenil de los últimos años. La desintegración de la armonía entre inteligencia, voluntad y afectividad, es decir, entre verdad, libertad y amor lleva al hedonismo, a la indiferencia y a la angustia vital.

Una vez que el joven tiene satisfechas ciertas necesidades (desde el bienestar físico al psíquico, de la necesidad de seguridad a la sentimental), no le queda mucho que pedir a la vida. Si acaso reprocharle con sentida indignación que no le ha dado lo suficiente, como el hijo mayor de la parábola del hijo pródigo que recrimina a su padre y no participa de la fiesta (cfr. Lc 15,25-32).

Los deseos son un índice significativo y señalan el nivel de tensión de la libertad del joven. La calidad y extensión del deseo efectivo indican el grado de libertad de un individuo. Si la extensión del deseo es escasa y su contenido cualitativo pobre, igualmente escasa y pobre será la libertad que pretende. Tantas veces nos encontramos con un nuevo Don Quijote, más bien un Rambo, pero de batallas inútiles y frustrantes⁷.

En estos parámetros se mueven los jóvenes de hoy. Si ya de por sí el mundo va más rápido que nunca, el no tener soporte alguno porque el sujeto está solo y el hecho de que además la única realidad es el vaivén de los sentimientos, hace que todo se resuelva en lo superficial, inmediato y flexible. El resultado es la «sociedad líquida» de Z. Bauman⁸ donde no hay una identidad fuerte, sino que todo es flexible, «líquido»: el miedo, el amor, etc.; y todo lleva,

⁶ CENCINI, A., *Vocaciones: de la nostalgia a la profecía*, Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1991, 232.

⁷ Cfr. *ibid.*, 234.

⁸ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, Madrid: FCE, 2016.

como dice Francisco en *Gaudete et Exultate*, a «una existencia mediocre, aguada, licuada»⁹.

Por eso, el documento preparatorio del Sínodo explica con acierto que una de las barreras al planteamiento vocacional es el contexto de fluidez y precariedad en el que se mueven los jóvenes¹⁰. ¿Es posible algo –la vocación– para siempre? No, es imposible. ¿Es posible la rectitud de intención, es decir, algo –la vocación– para otros? No, es imposible: la vida es la propia realización. ¿Es posible realizarse dándose a los demás? No, es imposible; sólo sería posible en un mundo espiritual, no en el mundo en que vivimos.

2.2. *Fe y vocación: Dios y la Iglesia*

En el contexto cristiano es clara la relación existente entre vocación y Dios, pero no en el contexto social en el que nos movemos. La secularización y la «muerte de Dios» en nuestra sociedad tiene muchas consecuencias, también para los cristianos que deben preguntarse si tienen confianza plena en el amor de Dios, o se fían más de sus fuerzas, sabiduría y experiencia. La respuesta debería ser que se debe poner lo uno y lo otro al máximo, pero primero contar con Dios, con la gracia, con el misterio divino y después con lo humano, cabeza y corazón.

Así pues, la pregunta por la confianza, lleva a otra cuestión más radical. ¿De quién depende la vocación? Primero hay que contar con Dios, porque no se parte de cero, de la nada, de un inicio absoluto, en el que todo depende del sujeto que debe construir su vida, auto-realizarse de principio a fin. Hay algo previo, un don originario: cada uno viene de Dios y de los demás. Y, además, viene porque ha sido enviado para algo; su vida no es sin más, sino que es para algo.

El claro sentido vocacional de la existencia cristiana hace necesaria una antropología vocacional o abierta a la vocación. Es decir, comprender la vida como un don que se debe primero aceptar, para luego donar a los demás¹¹. Al poner el centro en el hombre y en su realización personal se pierde de vista la

⁹ Frente a eso, «el Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (FRANCISCO, Ex. Ap. *Gaudete et Exultate* [19-III-2018], n. 1).

¹⁰ Cfr. *Documento preparatorio de la XV Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* (13-I-2017), «I. Los jóvenes en el mundo de hoy».

¹¹ Cfr. GUARDINI, R., *La aceptación de sí mismo: las edades de la vida*, Madrid: Cristiandad, 1970.

realidad del Otro que llama. Y si la vocación se orienta principalmente como camino para la realización personal, un camino que se nutre de las etapas y los proyectos que uno mismo arbitra y prevé queda poco espacio para la acción de Espíritu Santo. Esto va contra la verdad de la existencia, en la que nadie está solo sino en relación con Dios, con los demás y con el mundo.

La teología contemporánea ha posibilitado la comprensión de la existencia cristiana como realidad vocacional, a partir de las verdades de la creación, de la redención y de la Iglesia como llamada a una comunión de amor en Dios¹². Esto ha sido posible, gracias a los planteamientos personalistas, pero sobre todo gracias a una nueva antropología pensada a partir del misterio de Cristo, de la Trinidad y de la Iglesia. Si la primacía es de la persona, la clave de la vocación radica también en la persona, no en el grupo¹³. En la Iglesia hay tantas vocaciones como personas aunque todos los cristianos están llamados a la santidad y a llevar a cabo la única misión de la Iglesia¹⁴ según su propio estado y condición, en el lugar donde Dios ha querido situarlo¹⁵.

En este sentido aparecen vocaciones que modalizan la única vocación bautismal, como el sacerdocio, la vida consagrada en sus diferentes modelos y la vida laical con distintos carismas. ¿Cuál es la mejor? La mejor es para cada uno la suya. Ni celibato, ni matrimonio; ni sacerdocio ni religioso: lo mejor para cada uno es lo suyo. «Para cada uno, lo más perfecto es –siempre y sólo– hacer la voluntad de Dios»¹⁶.

3. VOCACIÓN E HISTORIA

3.1. *De la pregunta por el sentido a la llamada a existir*

La persona designa ser abierto, estar llamado a realizarse, ser que se interroga sobre sí y sobre su comportamiento, lo que conduce a la pregunta por el sentido: ¿cómo debo actuar? y, más profundamente, ¿qué ideal debo perseguir?

¹² Cfr. ILLANES, J. L., *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona: Eunsa, 2007, 167-176.

¹³ «Se puede decir que la misma noción de persona humana está radicada en la de vocación», O'CALLAGHAN, P., *Figli di Dio nel mondo. Un trattato di Antropologia teologica*, Roma: EDUSC, 2013, 289. Cfr. también LORDA, J. L., *Antropología Teológica*, Pamplona: Eunsa, 2009, 113-117.

¹⁴ Cfr. LG, nn. 39-40.

¹⁵ Cfr. LG, nn. 41-42.

¹⁶ SAN JOSEMARÍA, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, edición crítico-histórica, Madrid: Rialp, 2012, n. 92.

Como afirma *Fides et ratio*, «tanto en Oriente como en Occidente es posible distinguir un camino que, a lo largo de los siglos, ha llevado a la humanidad a encontrarse progresivamente con la verdad y a confrontarse con ella; un camino desarrollado dentro del horizonte de la autoconciencia personal: el hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia»¹⁷.

Son preguntas que tienen su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre: ¿qué sentido tienen las cosas y, más concretamente, mi vida? La percepción al menos confusa de la verdad del sentido en todas las culturas conecta con la historicidad del hombre. La persona humana es un ser que no sólo está en el tiempo, sino que lo sabe y lo domina, un ser que tiene memoria y, en consecuencia, proyectos y biografía.

Desde la pregunta sobre el sentido se puede pasar a la afirmación del carácter vocacional de la existencia: el ser humano está llamado a algo grande. La condición vocacional del ser humano puede ser percibida o al menos intuita por todo hombre en la medida en que reflexiona sobre su propio existir.

La fe cristiana presupone esa experiencia, pero a la vez la trasciende. La verdad de nuestra condición y de nuestro destino es que hemos sido creados, es decir, llamados a la existencia. El hombre es el «único ser querido por sí mismo»¹⁸. El hombre no es creado por Dios con vistas al universo, sino que el universo ha sido creado con vistas al hombre y a su destino. El hombre no es un ser arrojado a la existencia –como dirían Heidegger o Sartre–, sino un ser que viene a la existencia porque Dios lo llama a ella: la vocación se nos presenta desde esta perspectiva como una categoría básica y decisiva.

Por tanto, la vocación es llamada: no fuerza que se impone, sino requerimiento que espera respuesta. No hay pues oposición entre vocación y libertad, sino mutua implicación: la vocación interpela a la libertad; y la respuesta libre hace que la vocación penetre en el espíritu, se convierta en fuerza que ilumina e impulsa la vida.

La gracia actúa en libertad. Dios no se limita a llamar con una luz que ilumina sobre el sentido de la existencia, sino que mueve el corazón para que se abra a esa luz y la secunde. De ese modo se convertirá en vida de la propia vida,

¹⁷ JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio* (14-IX-1998), n. 1.

¹⁸ GS, n. 24.

llevando a plenitud el proceso de respuesta. La gracia no destruye la libertad sino que la funda. Dios Padre llama a participar de la vida y la misión de Cristo, por medio de la acción del Espíritu, y así encaminarse uno mismo y encaminar el mundo hacia la meta a la que Dios lo ha destinado.

Responder a la vocación implica acoger plenamente la luz y la conciencia de sentido que la vocación trae consigo para configurar la propia existencia. Es decir, asumir con plenitud la decisión de vivir como cristiano en conformidad con la misión que Dios nos otorga; y valorar y orientar con referencia a esa luz y en dependencia de esa decisión todas las acciones.

3.2. *El camino de la vocación: una historia personal*

La vocación es una historia real, un camino que –evocando los versos machadianos– se hace al andar. Con las decisiones y las actuaciones que van configurando la biografía de cada persona se construye la propia existencia en diálogo con la voluntad amorosa de Dios. La biografía personal de cada uno está hecha de sus decisiones libres con sus consecuencias, y de las oportunidades que se presentan. La elección es siempre libre, y lo es aquí y ahora: en el mundo real y concreto, no en el mundo ideal y abstracto de infinitas posibilidades. En el fondo, la libertad hace la propia historia y esa historia es portadora de la salvación cuando en ella se encuentra a Dios que busca a cada hombre.

Como explica Rulla, la memoria de la persona como facultad dependiente del ser imagen de Dios no es tanto la memoria de cosas concretas y pequeñas, cuanto la memoria de uno mismo, es decir, la propia biografía hecha de decisiones, represiones, voliciones, sentimientos, experiencias buenas y malas, que dejan una huella permanente en la persona. Y a partir de esa huella o biografía se conoce, se decide y se ama¹⁹.

La persona se va conformando con todas sus acciones y experiencias. Esto deja una huella profunda. De hecho es el punto de partida para toda actuación. La historia se incorpora a la persona, a su biografía y, a la vez, las decisiones de la persona y su actuación van configurando la historia.

Encontramos aquí dos núcleos teológicos de profundo calado: la relación entre la libertad de la persona y la voluntad de Dios; y la relación entre historia, salvación y naturaleza.

¹⁹ Cfr. RULLA, L. M., *Antropología de la vocación cristiana 1: Bases interdisciplinares*, Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1990.

3.3. *Historia, salvación y naturaleza*

La vocación no es una historia antes de la historia, como si Dios presentara un plan totalmente trazado y la persona sólo lo elige o rechaza. Ni el sacerdocio es así, ni el matrimonio, ni la consagración religiosa, etc. La persona vive la vocación cada día, cada momento; y en todos los momentos y circunstancias de su vida está acompañada por Jesucristo (Mt 28,20).

Conviene evitar, al hablar de esta cuestión, toda comprensión antropomórfica del designio divino, como si fuera una historia ya escrita, en una especie de texto teatral ya redactado de antemano que se trataría simplemente de representar. Nada más lejos de la realidad, pues la eternidad no es un tiempo antes del tiempo, sino la plenitud de ser y de vida co-extensiva a todo el tiempo²⁰.

La libertad en referencia a la vocación consiste en abrirse a la llamada que Dios dirige y, a partir de ese momento, ir configurando en diálogo con Dios cuál es su voluntad. De esa forma, luz divina y conocimientos humanos, impulsos sobrenaturales y decisiones libres –incluidas las infidelidades y los arrepentimientos–, se van entrecruzando dando origen a una vida de fidelidad a través de la cual la vocación se va desplegando y concretando, poniendo de relieve las virtualidades implícitas en la luz y la decisión iniciales hasta llegar un momento en el que, al final de la vida, se perciba el sentido que ha tenido la existencia entera²¹.

En ese diálogo de la historia personal, Dios quiere que la libertad de la persona intervenga en la configuración de la misma vocación. Cuando una persona se encuentra ante la incertidumbre de la llamada de Dios, es necesario pedir al Espíritu Santo luz para ver la propia vocación y –más importante– fuerza para querer, de modo que con esa fuerza que eleva la libertad en el tiempo se configure la misma vocación eterna²².

Entramos con ello en un problema crucial para comprender la vocación: la relación entre salvación, historia y naturaleza²³. Es decir, el comprender la historia de los hombres, no sólo la macrohistoria o historia general de la humanidad, sino sobre todo la microhistoria o historia de cada persona, como historia de la salvación.

²⁰ RATZINGER, J., *Introducción al cristianismo*, Salamanca: Sígueme, 2013, 264.

²¹ Cfr. ILLANES, J. L., *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona: Eunsa, 2007, 155-187.

²² Cfr. OCÁRIZ, F., *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid: Rialp, 2001, 148-153.

²³ Para las ideas que siguen, cfr. RATZINGER, J., *Teoría de los principios teológicos*, «Salvación e historia», 181-204; «Historia de la salvación, metafísica y escatología», 204-227, Barcelona: Herder, 1985.

A) *Salvación e historia: la libertad*

Frente a planteamientos en los que la salvación viene de la rebelión contra la historia (por ejemplo, el budismo, la conciencia histórica griega, o el marxismo, para el que debemos destruir la historia antigua y crear una historia nueva), la salvación cristiana se realiza en la historia; más aún, en una historia concreta: la de Jesús. Es una historia peculiar, porque Jesús se presenta como punto inicial y final de la historia, y por eso mismo, afecta a todos los hombres, de manera universal. Esta doble perspectiva: personal (lo concreto, el individuo) y universal (afecta a todos), implica acentuar el problema.

El mensaje de Jesús se presenta como llamada a todos los hombres y a cada uno en sus circunstancias concretas. La problemática general es la tensión entre lo esencial y universal, y lo histórico y particular. ¿Cómo se relacionan la esencia y lo histórico, naturaleza e historia? Tradicionalmente el problema se ha estudiado a partir de la relación entre platonismo y cristianismo. Ahora se ha añadido otra etapa: la marxista, de revolución y ruptura. Así se ha llegado al punto culminante de separación o discontinuidad entre esencia e historia: para algunos no hay esencia o naturaleza del hombre como medida de las realizaciones humanas. El hombre es lo que hace por sí mismo, su auto-realización sin límites ni condicionantes, ni de la propia naturaleza (por ejemplo, el cuerpo, el sexo, etc.) ni de las decisiones anteriores (sólo cuenta el ahora, lo espontáneo e instantáneo).

De esta manera el problema de la relación entre la historia y la naturaleza en cada persona, ha pasado a ser el problema de la naturaleza en sí. ¿Puede existir un compromiso de futuro, o todo se renegocia cada instante? ¿Hay continuidad en el ser humano? ¿Debe haberla? Ratzinger afirma que esta pregunta expresa la decisión básica espiritual de nuestro tiempo²⁴.

No se puede negar la ontología o lo esencial ni tampoco lo histórico, sino que hay que buscar la unidad entre naturaleza e historia. Y la forma de hacerlo es afirmar la continuidad del ser humano, y la historia como mediación no como meta. Aquí radica también el tema de la vocación personal. Precisamente es el punto más saliente de la unidad entre naturaleza e historia: la persona se configura a partir de sus decisiones libres aquí y ahora, que vienen de un pasado, responden al presente y hacen posible el futuro.

²⁴ RATZINGER, J., «Salvación e historia», 190.

La clave, por tanto, parte de la libertad y del misterio de la libertad. No se puede reducir lo particular a lo universal, a un sistema o teoría científica que abarque y explique toda la historia. Sería ideal, pero no respetaría lo real: acabaría en un sistema totalitario, como las utopías.

La debilidad de la propuesta cristiana es su fortaleza. «El pensamiento nuclear de una filosofía y una teología de la historia cristianas debería ser la libertad»²⁵. La historia parte de la libertad personal, real. Esta historia parte de Jesús, expresión central de la libertad y así figura central de la historia. Y sigue con la libertad de la persona unida a Cristo. La salvación se encuentra en el éxtasis, en el amor, en el salir de uno mismo. La tensión entre ontología e historia es la tensión de la esencia humana misma, que debe estar fuera de sí para poder estar en sí. Ahí está precisamente la libertad. Alguien elige vivir para los demás porque así lo decide libremente, porque quiere, porque ama. Se complica la vida, por así decir, porque la felicidad no está en una vida cómoda, sino en un corazón enamorado comprometido con la realidad.

B) *Salvación y naturaleza: un compromiso para siempre*

Una vez afirmada la libertad como núcleo de la salvación y de la historia, debemos ocuparnos ahora de la naturaleza. Quizá aquí aparece el problema más difícil de todos: la relación entre naturaleza y libertad. O traducido a nuestro tema: ¿es posible una vocación para siempre, un compromiso para siempre? La respuesta debe tomar en cuenta la naturaleza entendida no de manera estática, sino concreta. No hay un deber ser para todos, universal, totalmente configurado, desde siempre y para siempre, fuera de la historia aquí ahora, de un tiempo y un espacio determinados, de una persona y su historia personal. No existe un deber ser abstracto que no tenga en cuenta la persona y su camino, lo recorrido y lo que falta por recorrer.

Ratzinger analiza la discusión en un artículo sobre la historia de la salvación, la metafísica y la escatología²⁶. El problema radical al que se ha llegado es la pregunta por si existe una naturaleza que resista a la historia. Para muchos, a partir de Lutero, una naturaleza entendida así es en el fondo una heleinización, un préstamo infiel del pensamiento griego al cristianismo. No hay

²⁵ RATZINGER, J., «Salvación e historia», 203.

²⁶ RATZINGER, J., *Teoría de los principios teológicos*, «Historia de la salvación, metafísica y escatología», Barcelona: Herder, 1985, 204-227.

una esencia o naturaleza. Es preciso negar tanto la metafísica, como el papel de la creación. Sólo hay la fe en Cristo actual, existencial, ahora y sin continuidad. O del lado marxista sólo hay la ruptura con la historia, con la tradición, para que el hombre se salve hoy y ahora con su acción, esperando un futuro utópico, pero que no tiene condicionantes previos y que se mantienen: es revolución, no conservación.

Éste es el fondo ontológico de la problemática de la vocación actualmente. La negación de un compromiso para siempre, porque no hay una identidad para siempre; sino que la persona se va construyendo, a partir de una libertad absoluta que no tiene ningún límite ni condición, porque empieza siempre de cero; es instantánea, líquida.

Frente a eso, debemos afirmar que la persona tiene una biografía, una continuidad. Existe una naturaleza humana y una virtud humana, insertadas en un dinamismo. La libertad es constructiva y sobre las decisiones libres se edifica cada historia personal. No se comienza de cero en cada instante. Hay condiciones, a veces excluyentes o impeditas. Pero hay también crecimiento personal, conforme nuestras decisiones libres se van incorporando a nuestra vida por la virtud y nos hacen más capaces.

Es verdad que la vocación está desde el inicio. Como semilla, en germen. Pero cambia mucho el inicio de la historia y el final, como el grano de mostaza y el árbol que surge de él. Ahí radica la realidad de la esperanza. Al principio los recursos no dan lo suficiente y la tarea supera la propia capacidad. Pero la persona puede crecer, y cuando crece alcanza su fin, porque los recursos se multiplican. Pero es gracias a la actuación personal: se ha actuado sobre la base de la esperanza, que es sustancia, se ha crecido y entonces ya sí se puede²⁷. Esto es la historia, y así se realiza la salvación. También pasa al revés: y uno se incapacita para amar, por el egoísmo, la soberbia o la frivolidad.

En este sentido, es significativo el comentario del Beato Álvaro del Portillo al pasaje de Efesios «en Él nos eligió antes de la creación del mundo» (Ef 1,4): «la elección precede a la existencia»²⁸. No sólo en el sentido de que Dios elige y luego crea o da los talentos necesarios, sino también desde la persona, es necesario primero elegir qué/quién se desea ser y luego de hecho lo es.

Esto es así siempre: primero está la ordenación sacerdotal, luego viene el ser y vivir como sacerdote; primero está el matrimonio, y luego el vivirlo. Al

²⁷ Cfr. POLO, L., «La esperanza», *Scripta Theologica* 30 (1998) 160-161.

²⁸ DEL PORTILLO, Á., *Cartas Pastorales*, marzo 92, n. 11, 2.

inicio está la semilla, el germen y ahí está todo. El dinamismo propio lleva al buen desarrollo de la semilla, en la unidad e integración de la experiencia. Pero la semilla debe desarrollarse, no tiene ya todo, lo tiene en potencia. Puede haber fallos o errores en el crecimiento, y sobre todo se puede crecer más o menos. Depende de cada uno, de la libertad abierta a la acción gratuita de Dios.

A medida que el ser humano toma conciencia de su propia libertad, se empeña en ser el principio de sus propios actos. Por eso, el surgimiento de la libertad revela la auténtica naturaleza de la virtud. Como apunta Pinckaers, la virtud no es un hábito formado por la repetición de actos materiales que engendran en nosotros un mecanismo psíquico. No es tampoco una reproducción fastidiosa y sin historia de actos de obediencia, como sería la copia de un modelo o la ejecución de un plan preestablecido. La virtud es un verdadero principio de vida, una capacidad de acción siempre nueva²⁹.

Ésta es la dinámica natural de la persona, la relación entre virtud y libertad. Por una parte, la virtud requiere la libertad, pues no hay virtud automática, o meramente externa. Al contrario, la auténtica virtud exige ser consciente de lo que se elige y disfrutar con ello. Por otra parte, la virtud hace a la persona más libre, más consciente, más creativa, abriendo posibilidades de bien y de felicidad. Reafirma el querer y, desde el corazón, lo enraíza en la totalidad de la persona. Y así hace posible el compromiso para siempre, la vocación.

4. VOCACIÓN Y DISCERNIMIENTO: LA HISTORIA PERSONAL

4.1. *Un cambio radical: el protagonismo de la persona*

La perspectiva de todo el planteamiento de la vocación cristiana cambia sustancialmente a partir de la llamada universal a la santidad, de la condición vocacional del ser cristiano. Si todos los cristianos tienen vocación, si el Evangelio es una llamada a todos y a cada uno, entonces la pastoral vocacional, el discernimiento y el acompañamiento modifican su núcleo. Porque su finalidad no es descartar a muchos y decidir quién cabe en una vocación, sino ayudar a cada persona a que descubra la suya. El discernimiento no consiste en determinar quién tiene vocación y quién no la tiene, sino en descubrir cuál es el camino de cada uno.

²⁹ PINCKAERS, S., *Las fuentes de la moral*, Pamplona: Eunsa, 2007, 427-428.

Todavía más, el protagonista del discernimiento ya no es el animador vocacional, sino el propio sujeto, que necesita sin duda acompañamiento. El acompañamiento se convierte entonces en la ayuda necesaria para que la persona decida libremente su camino, contando con la experiencia humana y divina de la Iglesia. Se trata de ayudar a que la persona quiera y decida lo mejor, para ella misma, para la Iglesia y el mundo, para Dios.

Desde esta perspectiva, la pastoral ordinaria debe ser pastoral vocacional, porque el Evangelio es llamada. «El cristianismo es esencial e inmediatamente vocación», «ser cristiano es en sí ser llamado y enviado, ser salvado en cuanto involucrado en la tarea de la salvación de los otros»³⁰. Y todo cristiano toma parte activa en esta misión.

La pastoral vocacional es de todos; es en libertad y, sobre todo, es en esperanza: ofrecer el gran ideal cristiano con la palabra, pero partiendo del propio testimonio. El mensaje íntegro del Evangelio llama, atrae a las personas magnánimas que son las que pueden ayudar a las demás (que quieren y a veces no pueden).

4.2. *El itinerario de la vocación*

En toda historia hay momentos de gracia. Momentos en los que se abren caminos, y otros en los que se cierran. Siempre en un itinerario personal, único, propio de cada uno. Quizá actualmente destaca más el momento de la decisión sobre qué quiere Dios de cada uno, y su problemática variada. La decisión cuesta, porque es muy difícil aceptar el compromiso. Luego está el momento de la fidelidad, cuando se pierde o esconde el sentimiento: bien sea al poco de emprender el camino o, poco a poco, en los distintos momentos de crisis que aparecen en la vida. Es preciso volver a decidirse, cuando la propia vida y la realidad no cambian tan rápido o tan bien como se imaginaba al principio, y cuesta conseguir aquel ideal, amenaza la desilusión y se experimenta la necesidad de ir contra-corriente.

¿Hay que «forzar» la pregunta en los jóvenes?, ¿tiene sentido prever momentos especiales para ayudar a tomar la decisión? El planteamiento de autonomía absoluta del que hemos hablado choca con el hecho de que la Iglesia es precisamente convocación, su misión le lleva a llamar a todos los hom-

³⁰ CENCINI, A., *Nuevas realidades en materia vocacional*, Seminarios: Sobre los ministerios de la Iglesia 62, n. 218 (2016) 64.

bres. La Iglesia primero es llamada, luego institución³¹. Por eso, es preciso el coraje de plantear la vocación: la vida no es para uno mismo, es para los demás. Cencini usa la imagen de las ovejas sin pastor o borregos, porque muchos jóvenes se encuentran sin orientación en la vida. No proyectan su existencia porque no pueden, carecen de certezas o tienen certezas sólo intelectuales, incapaces de infundir el ánimo necesario para hacer opciones coherentes. Es el fenómeno de la carencia de proyecto dentro de una orientación hacia el sentido de la existencia. Es mejor vivir al día sin grandes ilusiones. Con apariencia de vida muy activa y dinámica, se vive en una derrota existencial. El hombre proyecta muchas cosas que hay que hacer, pero no tiene ningún proyecto sobre sí mismo³².

Muchas veces los jóvenes tienen el futuro ya predeterminado: por los padres, por las tendencias dominantes, por las ideologías que prevalecen, por las exigencias del mercado, por la lógica de la carrera. Respiran el aire pesimista de las contra utopías, que les lleva a desentenderse de lo social y preocuparse de sí mismos³³.

Necesitan del grupo y están juntos, pero sin comunicarse. Se dejan condicionar por el tipo de hombre propuesto y producido por la sociedad, que parece querer todo sin decidirse a elegir nada –para no tener que renunciar a alguna cosa–. Obsesionado por su realización personal y atraído por el espejismo de tener el mayor número posible de experiencias, el joven de hoy no puede menos de sentir el peso y la dureza de una vocación que es para siempre y que le cierra otras experiencias³⁴.

Por ello es tan necesario tener el coraje de proponer la vocación, apoyándose en los valores positivos de nuestro tiempo: el sentido de protagonismo, el compromiso y la entrega por la justicia, por la fraternidad y los derechos humanos, la ductilidad ante los cambios, el deseo de verdad, la necesidad de interiorización, la exigencia de autenticidad, el fenómeno del voluntariado, etc. Aunque parece utópico, a través del acompañamiento se debe hacer emerger en el joven –sin manipularlo– lo positivo, despertando el anhelo de ser él mismo y la fuerza de oponerse a los condicionamientos externos. El acompa-

³¹ Así lo ha recordado el papa Francisco con la fórmula de «Iglesia en salida», cfr. *Evangelium Gaudium*, nn. 20-24. Quizá hoy más que nunca, por las características de nuestra sociedad, es preciso tomarse más en serio en la pastoral, lo de ser una organización desorganizada.

³² CENCINI, A., *Vocaciones: de la nostalgia a la profecía*, 235-236.

³³ *Ibid.*, 236.

³⁴ *Ibid.*, 237.

ñante espiritual debe hacer crecer al joven en la libertad y a través de la ascesis de la libertad, para colocarlo poco a poco en condiciones de tomar opciones responsables y personales³⁵.

4.3. *La propuesta vocacional*

El itinerario de la vocación arranca con la propuesta vocacional³⁶. Se trata de un proceso de conocimiento y compromiso. ¿Cuándo hacerla? Por un lado, cuando la persona tenga una edad adecuada. Por otro lado, aprovechando algunos momentos significativos, porque efectivamente existen esos momentos fuertes o especiales que las personas captan. Siempre en un contexto de conocimiento, confianza, libertad y fe³⁷.

La época juvenil-adulta comienza cuando se descubre cuánto se ha recibido de la vida, terminando con todas las recriminaciones de adolescente y con las reivindicaciones infantiles. Parte de este descubrimiento son las actitudes: de gratitud; de certeza definitiva de lo positivo que hay en la propia persona, ya que se ha recibido como don; la sensación de poderse fiar de la vida; la constatación de que no se es dueño y propietario sino beneficiario de una riqueza merecida por otros; y en consecuencia, la conciencia de que el don debe compartirse, ser don hace nacer la voluntad de darse; es decir, el don de la vida comporta la vocación de la entrega. Es como una fase de comprensión práctico-intuitiva, en la que se pasa de la confianza a la libertad³⁸.

Pero captar el nexo entre don recibido y don compartido no es simplemente una operación intelectual o sentimental. Requiere la vida, la experiencia, el caminar. La vocación en este sentido no sólo se descubre, sino que en cierto modo se construye, es el resultado de la experiencia vivida cada día. No es una iluminación extemporánea o fulguración momentánea, sino que es libertad construida con los propios pasos. Pero esta libertad parece faltar hoy día: el joven prefiere ser espectador de una gran revelación no se sabe cómo, corriendo el riesgo de esperar toda la vida sin llegar nunca a realizarse³⁹.

³⁵ *Ibid.*, 240.

³⁶ Para una consideración más detenida sobre la propuesta, cfr. ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS, N., «Teología y pastoral de la vocación en el contexto actual», *Scripta Theologica* 49 (2017) 605-615.

³⁷ MARTOS, J. C., *Abrir el corazón: animación vocacional en tiempos difíciles y formidables*, Madrid: Publicaciones Claretianas, 2007, «El despertar vocacional»: capítulo 8, 188-189.

³⁸ CENCINI, A., *Vocaciones: de la nostalgia a la profecía*, 248.

³⁹ *Ibid.*, 249.

La raíz de este problema puede estar en el miedo a no ser amado o no haber sido amado suficientemente. Esto provoca la inmadurez afectiva y la esclavitud interior de la necesidad de satisfacer ese vacío buscando u obteniendo señales inequívocas de amor y aceptación. Pero la norma psicológica explica cómo la necesidad satisfecha de modo egoísta aumenta cada vez más sus exigencias. Es decir, cuando el amor se convierte en necesidad no se es ya libre.

Para abandonar esta lógica de la necesidad y proseguir la lógica del verdadero amor, debemos volver al punto de partida, a la verdad radical de nuestra vida: somos creados a imagen de Dios, somos hijos de Dios. Solamente la conciencia religiosa marca el logro de la libertad plena porque tal conciencia se construye sobre dos certezas fundamentales: ser profundamente amados desde siempre y por siempre, y poder amar por siempre. El que tiene estas certezas no parte de un vacío que hay que llenar, sino de una sobreabundancia que debe compartir⁴⁰.

5. EL DISCERNIMIENTO DE LA VOCACIÓN: LA DECISIÓN

Casi todos los autores coinciden en que el problema de la vocación consiste en la elección hecha por un sujeto apto y rectamente intencionado. Así aparece también en el Código de Derecho Canónico (cánones 1025 y siguientes): para tener verdadera vocación no se requieren más que ausencia de impedimentos, recta intención e idoneidad. Porque además estas condiciones concuerdan con la gracia de Dios necesaria para toda obra sobrenatural: la idoneidad, la ausencia de impedimentos y la recta intención deben considerarse como una gracia actual de Dios o, en otras palabras, como impulso del Espíritu Santo⁴¹. No obstante, no debe olvidarse la llamada exterior o aceptación, pues no es el interesado quien puede juzgar sobre la idoneidad y la recta intención. Es así como la aceptación por parte de la Iglesia viene a dar plenitud a la vocación.

Esta absoluta libertad y voluntariedad de la vocación divina constituye una realidad incontestable, porque la entrega lleva a la personalidad –equilibrada, sana– a una maduración de su entera estructura, y porque la orientación hacia los valores supremos resulta en todo caso posible y deseable. En este campo es muy importante expulsar tanto el determinismo como cualquier clase de *maravillosismo*.

⁴⁰ *Ibid.*, 251.

⁴¹ Cfr. TORELLÓ, J. B., *Psicología y vida espiritual*, Madrid: Rialp, 2008, 179-205.

Pero si todo queda a la libre elección del sujeto, entonces y sobre todo, ¿qué lleva a una persona a optar por un camino u otro?, ¿sería la pura elección libre, o existe una cierta obligación externa (eso sería la vocación)?; ¿cuáles son los motivos para elegir una u otra vocación determinada?

Torelló, a partir de la experiencia de san Ignacio recogida en los *Ejercicios*, habla de tres maneras diferentes de presentarse la vocación: 1) la iluminación repentina, por parte de Dios, al estilo de san Pablo, tan fuerte e imperiosa que se hace poco menos que irresistible; 2) el atractivo sensible, una especie de «magnetización» viva y creciente, un gusto especial o un deseo natural de abrazar un tipo determinado de vida cristiana; 3) la vocación razonada, «el hombre, considerando ante todo por qué ha sido creado –esto es, para alabar a Dios y salvar la propia alma–, y movido por el deseo de alcanzar este fin, elige como medio uno de los estados o estilos de vida autorizados por la Iglesia, para mejor trabajar al servicio de su Salvador y de la salvación de su alma»⁴². Este tercero es el más adecuado: la vocación como profundización en la fe personal. De hecho, cuando se da la iluminación o el atractivo especiales, debemos purificarlos con esa fe razonada.

Ahí no hay impulsos, ni arranques, ni entusiasmos, sino la simple visión de la razón, iluminada por la fe, de que se trata de un estado de vida posible y deseable, que se elige voluntariamente: por amor y para amar. Como es lógico, tal claridad de visión y de intenciones no siempre está presente desde el inicio de las auténticas vocaciones, pero ha de alcanzarse en el periodo de prueba que comporta todo estado de vida entregada a Dios.

Existen unas señales o signos de la llamada: la maduración de la fe, la Iglesia como llamada, la sensibilidad hacia los problemas de los hombres, las llamadas personales, los modelos de identificación (personas que cautivan), las casualidades de la vida, las cualidades personales, la oración personal, las fantasías en la niñez y la adolescencia⁴³. En definitiva, la historia personal.

Este conjunto de señales debe ser interpretado dentro de las coordenadas del misterio de fe y de amor que es nuestra vida concreta. La percepción de los signos no es confusa en su significado, pero tampoco es matemática. Se trata de una toma de conciencia de resonancia espiritual.

⁴² SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, n. 177. Ver sus consideraciones sobre la elección de estado: nn. 169-189.

⁴³ MARTOS, J. C., *Abrir el corazón*, 193-194.

Los signos vocacionales tienen una serie de rasgos: carácter simbólico, que se percibe de manera vivencial, con una resonancia espiritual especial; dinámico, porque liberan las energías vitales de la persona; concretos y directos, no son generales ni abstractos sino para aquí y ahora. Los signos también son sintéticos, es decir, que integran y dan sentido a los diversos acontecimientos históricos de la biografía personal. Y también, lógicamente, son religiosos: hacen referencia a Dios y lo sobrenatural.

La percepción vocacional de la lógica de los signos conviene ratificarla y confirmarla en distintos momentos y circunstancias anímicas. Por eso hay periodos de prueba. Como afirma Kierkegaard: «La vida se vive hacia adelante, pero se comprende hacia atrás»⁴⁴.

5.1. *Libertad y vocación: amor a Dios o a uno mismo*

En primer lugar, el discernimiento vocacional versa sobre la rectitud de intención⁴⁵. La decisión depende directa y exclusivamente del amor de Dios, no del amor a uno mismo. Se elige un camino y se compromete a seguirlo para siempre por amor a Dios, por el reino de los cielos, por la edificación de la Iglesia. De esta manera, se emplea la libertad para una determinada misión porque eso es lo que realmente se quiere.

5.1.1. *La vocación es para la salvación*

La vocación no es para la auto-realización, sino para la salvación. La visión cristiana de la vocación se enfrenta radicalmente a la visión contemporánea. Entre otras cosas porque la visión cristiana de un Dios Padre, se enfrenta radicalmente al dios arbitrario y egoísta de la cultura contemporánea. Nadie puede dar al hombre lo que únicamente un Dios Padre puede, y nadie puede pedir al hombre aquello que únicamente Dios le puede pedir. Ni siquiera el propio sujeto a sí mismo. Pensar en la vocación como proyecto de auto-realización es una equivocación. Nada como «la vocación cristiana tiene el poder de hacer al hombre adulto, ¡igual a Dios!»⁴⁶.

⁴⁴ Citado por MARTOS, J. C., *Abrir el corazón*, 198.

⁴⁵ Algunos autores tienen un orden distinto, se refieren primero a las aptitudes y luego a la intención. Pienso que lo más relevante es lo que el sujeto quiere realmente, lo que ama. Aunque como el egocentrismo es el principal defecto de la persona, es preciso dejarse ayudar para valorar la rectitud de intención.

⁴⁶ CENCINI, A., «Nuevas realidades en materia vocacional», cit., 62.

Jesucristo Redentor nos enseña a vivir para los demás, para la salvación de los demás; y no tanto para uno mismo. El modelo de la vocación cristiana es el modelo de la redención de Cristo. A veces un joven puede razonar así: «Este proyecto me parece muy interesante, pero no para mí». Ante esta primera respuesta –simple– a la propuesta vocacional, la fe nos empuja a considerar el sentido dramático de la existencia. Eres salvado en la medida en que seas salvador. La salvación es un don absolutamente inmerecido y gratuito, y hace del salvado actor de salvación⁴⁷. La magnanimidad y la gratuidad van de la mano, la libertad de Dios encuentra su lugar en la libertad del hombre, el amor de Dios en el amor del hombre, la llamada de Dios en la respuesta del hombre.

La vocación se presenta así como un «porque me da la gana», libremente, hacerse responsable de la Iglesia, de la salvación de las personas. Ahí radica la cuestión vocacional: el compromiso eclesial y social-político con Dios, es decir, en cuanto cristiano que vive en una iglesia y en un mundo concretos. Porque ahí radica la madurez de la persona: el paso del yo a los demás. El niño se preocupa exclusivamente de sí mismo, el adulto es el que se hace cargo de los demás –tanto social como políticamente– en el mundo. El cristiano, unido a Cristo en el Espíritu, se hace cargo de la redención. Y se hace cargo, a través de un camino concreto y determinado: el que hoy y ahora se le presenta en la historia y en su historia, a través de la Iglesia.

5.1.2. *El «para la salvación» motiva la decisión personal*

Acabamos de afirmar que una persona es salvada en la medida en que es salvadora. Lógicamente la primacía viene de la gracia, los hombres se dejan tocar por la gracia, se abren a la gracia redentora, en la medida que responden libremente a los requerimientos de Dios. Cuando se ponen todos los talentos, toda la vida al servicio de Dios, buscando con rectitud de intención únicamente la gloria de Dios y la salvación del universo, entonces es cuando Dios puede actuar en las personas sin ningún obstáculo.

Estamos ante un episodio más de las relaciones entre la libertad finita de la persona y la libertad infinita de Dios, del encuentro entre la acción de la persona y la acción redentora de Dios, de la relación entre tiempo y eternidad. Y es la historia, una vez más, la que viene en nuestra ayuda y explicación. Porque la historia presenta claramente la acción de Dios en Cristo, su resurrec-

⁴⁷ Cfr. *ibid.*, 63.

ción, la comunidad de la Iglesia y de la familia, el nosotros en el que nace toda nueva vida, todo sujeto, que sólo se puede explicar como un ser-de y como un ser-con. Y ahí, en la historia, también aparece la relevancia de las decisiones del sujeto concreto y libre que conoce, decide y quiere, a partir de la comunidad y comunión, del sustrato en el que crece, se desarrolla y actúa. Precisamente Ratzinger cuando habla de la libertad, la pone en relación con la verdad, y todo a partir de la consideración de la persona como imagen de Dios, es decir, como ser a partir-de, ser-con y ser-para. El ser para los demás que depende de la libertad personal, no puede elegir sin tener en cuenta los otros dos elementos: se es a partir de todos los demás y se es con los demás⁴⁸.

Y así se elige la vocación, en función de la misión, para la Iglesia y el mundo, por el amor de Dios. Una vez que alguien elige libremente, Dios acompaña su decisión como le acompaña siempre. Y hace posible el *ciento por uno*, pero el *ciento* depende del cada *uno* que da la persona. Ésta es la respuesta al joven rico y a los apóstoles, como explica Mateo.

5.1.3. *La rectitud de intención*

Una parte importante del discernimiento versa sobre la rectitud de intención, tanto consciente como inconsciente, las motivaciones vocacionales y por tanto la consistencia vocacional. De ahí que, para plantear la vocación, es preciso conocer a las personas y ayudarles a conocerse. Sólo así pueden decidir realmente ellos mismos, aunando el conocimiento de sus debilidades con el de la esperanza puesta en cada uno.

La persona debe evidenciar sus motivaciones conscientes, auténticas y válidas, para elegir un camino determinado. Es decir, tener y manifestar plena libertad y recta intención al optar por una vocación. Quizá lo más complicado es clarificar las motivaciones vocacionales inconscientes, que contaminan la autenticidad de una vocación. Martos señala algunos indicios de esas motivaciones⁴⁹.

⁴⁸ Cfr. RATZINGER, J., «La libertad y la verdad», en *Fe, verdad y tolerancia: el cristianismo y las religiones del mundo*, Salamanca: Sígueme, 2005, 211-214.

⁴⁹ Por ejemplo, formular motivaciones exclusivamente espirituales, ignorando otros aspectos de la personalidad; manifestar motivaciones en abierta contradicción con el modo concreto de vivir; excluir otras posibilidades vocacionales por percibir su presunta malicia intrínseca o su falta de atractivo; vivir en estado de tristeza permanente o de perpetuo conflicto; predisposición a repliegarse sobre sí mismo; insensibilidad ante los problemas de los demás; inseguridad exagerada de sí mismo y continuo temor por el futuro; rigidez exagerada que impide adaptarse a nuevas situaciones. Cfr. MARTOS, J. C., *Abrir el corazón*, 204-205.

La decisión vocacional es fruto de la libertad de la persona como una respuesta al amor de Dios que nos desvela sus planes en los distintos momentos de nuestra vida. Toda vocación cristiana es una respuesta exclusiva de amor. Se elige un camino para realizar la misión de la Iglesia, teniendo en cuenta su diversidad. Pero el motivo de la elección es siempre el amor, no el «hay que hacerlo», es bueno, tengo que salvarme, etc. Por ello, es preciso advertir de los engaños vocacionales que se apoyan en los mecanismos de defensa⁵⁰. El fin es que la intención vocacional se mueva por el bien real y no por el bien aparente.

Ante esto, existen unos criterios de orientación para ayudar en el discernimiento: el respeto a la persona; el detectar y clarificar las motivaciones reales del sujeto, especialmente la motivación dominante del obrar; las motivaciones conscientes e inconscientes pueden coexistir simultáneamente en la persona que debe aclararse y ajustarse a la situación; las motivaciones deben ser educadas poco a poco con el tiempo, para lo que es preciso un proceso de purificación, que ayude a integrar las motivaciones inconscientes (lo importante es no engañarse y decidirse a vivir la vida como itinerario constante de búsqueda de Dios y su voluntad); cultivar las actitudes acordes con el evangelio (la centralidad de Jesús y todas las virtudes), ya que ni la psicología ni el espiritualismo desencarnado tienen la última palabra, sino que todo es gracia⁵¹.

Una vez más, la historia concreta es el espacio donde se unen la libertad de la persona y la libertad de Dios para crear cosas nuevas que sólo el amor puede realizar.

5.2. *La aptitud de la persona*

La teología de la llamada universal a la santidad ha clarificado que toda vocación cristiana es camino de santidad. Lo mejor es el camino de cada uno. Y en principio no hay exclusiones a un camino u otro: la propia biografía, la

⁵⁰ Son muchas las expresiones de estos engaños: la incapacidad permanente para superar conflictos (dudas, dificultades, perplejidades, tensiones...) que llevan a perder la paz interior y el equilibrio psicológico; la insatisfacción y la falta de ilusión y alegría prolongadas en la vivencia de los compromisos vocacionales; la falta de destreza para superar las frustraciones inherentes a las renunciaciones propias del compromiso vocacional; la amargura permanente ante las dificultades de la vocación; el deseo de probarlo todo sin renunciar a nada, una vez determinado un camino vocacional; cierta insuficiencia de criterios para asumir una conducta coherente con los valores propios que se profesan; la actitud de no entregarse de hecho y en concreto a los demás; o entregarse de manera desmesurada hasta perder la propia libertad personal por una excesiva sumisión.

⁵¹ *Ibid.*, 208-211.

historia personal, va haciendo el camino y sitúa a cada uno en unas encrucijadas o en otras.

La tradición cristiana no ha cerrado caminos para ninguna persona a priori. La vida hacia Dios en el matrimonio y la vida dedicada a Dios en el celibato/virginidad están, en principio, al alcance de todos los hombres. Nadie está obligado al matrimonio ni al celibato, nadie está excluido como punto de partida del matrimonio ni del celibato. La elección depende de la libertad personal, es eso, elección. Cristo quiere seres voluntarios y no coaccionados: «si alguien quiere seguirme...» (Mt 16,24); «si quieres ser perfecto...» (Mt 19,21).

La vocación entraña el libre ofrecimiento de la propia vida por amor y con amor, en el sacerdocio, en el estado religioso o en la vida laical⁵². Cualquier persona normal puede, sin experimentar especiales llamadas, embarcarse en una vida de servicio, de absoluta entrega, de íntegra donación. No se necesita ser una persona especial para vivir vocacionalmente la donación perfecta, la virginidad. De la misma manera que tampoco se necesita ser distinto para elegir el camino hacia Dios en el matrimonio. Por eso, el planteamiento de la vocación en la Iglesia siempre ha sido considerar la belleza del matrimonio y, a partir de ahí, la belleza del celibato por el reino de los cielos.

La vocación implica disponer en la vida ordinaria de las cualidades requeridas por el camino y la misión concretos, para traducir el amor a Dios y al prójimo en comportamientos y actitudes de vida⁵³.

García Domínguez señala los puntos esenciales para valorar a una persona. En primer lugar su situación existencial y vocacional actual o presente; después, su historia familiar (en especial la relación con su padre y con su madre, aunque también con otras personas relevantes de la vida); su historia personal (en torno a su estudio y trabajo; en torno a la sexualidad); por último, la información acerca de su personalidad, tanto el auto-concepto de sí mismo como la idea que tiene de sus ideales (yo-real y yo-ideal)⁵⁴.

Es preciso descubrir los mecanismos de la afectividad-motivación-voluntad así como los mecanismos perceptivo-cognitivos del pensamiento. Sin olvidar que la psicología de la persona debe integrarse con su parte más profunda espiritual, de la acción de la gracia y el Espíritu Santo, de la voluntad libre de la per-

⁵² Cfr. VIAL, W., «Psicología y celibato», *Scripta Theologica* 50 (2018) 139-166.

⁵³ MARTOS, J. C., *Abrir el corazón*, 212.

⁵⁴ Cfr. GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M., *Discernir la llamada: la valoración vocacional*, Madrid: San Pablo, 2008.

sona, y del mundo de ideales y valores altos que tiran para arriba y sostienen la vida⁵⁵. En la historia de la persona no se puede separar biología, psicología y espiritualidad.

El mismo García Domínguez marca tres variables existenciales que muestran la madurez vocacional: 1) la constancia en el estudio, trabajo o misión; 2) la fidelidad a la vivencia de los valores de la vocación cristiana, especialmente la relación con Dios y Jesucristo, y la castidad; 3) la capacidad de relaciones interpersonales equilibradas con superiores e iguales.

De manera similar, para Martos la idoneidad agrupa los requisitos de orden físico, intelectual, espiritual, moral y pastoral que permitan al sujeto el desempeño de las exigencias objetivas de su vocación⁵⁶. Especialmente pide estar atentos a problemas derivados de vidas marcadas por el dolor, la injusticia, la desestructuración familiar, la falta o el exceso de cariño adecuado en cantidad y calidad, acontecimientos traumáticos vividos en la infancia o adolescencia que han bloqueado el desarrollo de una afectividad y sexualidad sanas, conflictos en la configuración de la identidad sexual, falta de voluntad, miedo a un compromiso de por vida⁵⁷.

Cencini observa actualmente un límite específico en el discernimiento de la aptitud: la autopercepción del joven, que debe derribarse para presentarla conforme a la verdadera identidad⁵⁸. Hoy se parte en los jóvenes de la pretensión de conocerse y además de la presunción de proyección del futuro deduciéndolo casi lógicamente del presente, en términos puramente racionales o intelectuales, sin que entre nada vital o externo en juego.

Es preciso penetrar en el caparazón de certezas de la persona, para plantear una duda saludable. No sólo porque las certezas suelen ser muy precarias, sino sobre todo porque en el fondo la vida es un misterio. Querer vivir es des-

⁵⁵ *Ibid.*, 189.

⁵⁶ Algunos de estos rasgos son la edad; la salud física y el equilibrio psicológico adecuado; la índole del sujeto (temperamento, carácter y personalidad) apropiada para vivir las exigencias de la vocación de amor desinteresado a los demás, la entrega incondicional y generosa al servicio del Reino, una rica sensibilidad y vida afectiva, sociabilidad y capacidad de establecer relaciones humanas, flexibilidad y capacidad de adaptación, renuncia radical a sí mismo por los valores del Reino, visión positiva y optimista de la vida, sinceridad y transparencia, responsabilidad y sensatez en la toma de decisiones, y constancia y estabilidad para llevar a cabo los compromisos. También la capacidad intelectual necesaria para la misión; y la idoneidad moral y religiosa, cfr. MARTOS, J. C., *Abrir el corazón*, 214.

⁵⁷ *Ibid.*, 216.

⁵⁸ Cfr. CENCINI, A., *Vocaciones: de la nostalgia a la profecía*, donde habla de la «Fase de la percepción de la experiencia: de la atención a la invocación», 243-246.

cubrir y abandonarse con confianza a este misterio que nos sobrepasa, aceptando una lógica y unas razones que nos escapan a nosotros.

Esto requiere una doble educación: educar para atender y para invocar. 1) Para atender y así superar su viejo sistema de percepción, viciado normalmente por la mirada de concupiscencia que tiende a ver lo real de modo superficial y utilitarista. Y la vida no es objeto de consumo, sino que tiene una verdad y belleza propias que hay que descubrir. Como dice V. Frankl, no es el hombre el que tiene que hacer preguntas acerca del sentido de la vida. Es más bien lo contrario: el hombre es el que debe ser interrogado; él debe responder, debe ofrecer la respuesta a los interrogantes que la vida le propone. 2) Y para invocar, porque la vocación nace de la in-vocación. Toda vocación tiene su origen en una oración de invocación, paciente, perseverante y confiada. Apoyada no en la inmediatez de la respuesta, sino en la certeza de que aquella oración va en el sentido justo.

Por tanto, el discernimiento es un juicio sobre las aptitudes, los talentos de una persona. Es sobre lo posible, los caminos a mano hoy y ahora, no en el futuro. Porque el futuro nos supera, es preciso capacitarse.

Cada persona debe descubrir sus talentos, para darse del todo y no quedarse con nada sin negociar, sin que sea para algo, y no para uno mismo. Para ello, es necesario el silencio. Silencio para escuchar a Dios, como la Virgen en el anuncio de su vocación. María nos enseña a escuchar la palabra de Dios, que es lo distinto, porque del resto de palabras estamos hartos⁵⁹.

5.3. *La fidelidad a la vocación*

La vocación es la respuesta de toda la vida a Dios: en cada momento todo y en todos los momentos, a lo largo de toda la existencia. Una respuesta de amor y santidad. Ante las crisis de la vida, se debe elegir con fe, esperanza y caridad, grandes dones de Dios. Dios los da y los da siempre, según la medida que Él quiere. Toca a la persona remover los obstáculos a esos dones. Por ejemplo, en el celibato: es un don de caridad, hay que quitar el obstáculo de impureza, de separación de los demás, de egoísmo y optar de nuevo por la generosidad con Dios.

La vocación es la vida, no una historia antes de la vida. Una historia fruto de la respuesta libre a los dones que Dios ofrece libremente. Por eso, de-

⁵⁹ Cfr. TORELLÓ, J. B., *Él nos habló primero*, Madrid: Cristiandad, 2014.

pende todo de Dios y todo de uno mismo, de las decisiones en concreto. De la lucha hoy y ahora, el paso que se da; que sigue a todos los pasos dados hasta ahora; y que posibilita pasos futuros. Por eso cambiar de camino, cuando ya se ha comenzado, exige una justificación. En el fondo toda decisión o elección requiere una justificación: pero esa justificación tiene que ir dirigida hacia Dios, no hacia uno mismo. Aunque debe ser totalmente libre: porque así lo quiere, el sujeto se orienta hacia Dios y no hacia la propia voluntad o amor propio.

De ahí que el discernimiento sea una actitud permanente de apertura. No hay que cerrarse en la propia razón, porque es reductiva de nuestra vida. Sólo Dios tiene la perspectiva global de nuestra existencia, por eso lo mejor es la apertura hacia la voluntad de Dios. Nuestra verdad está por así decir fuera y por encima de nosotros mismos, es un camino que recorrer, no algo que está del todo dentro de nosotros; una semilla que debe crecer, no un arbusto ya completo. Las coordenadas de la vida se reciben de fuera: la verdad, el bien y la belleza a las que el hombre es llamado libremente. La libertad plena es esa apertura interior: es decir, la persona abierta a lo de fuera que es verdad, bien, belleza.

Las crisis son inevitables, pero siempre son crisis de crecimiento, es decir, necesarias para crecer⁶⁰. Es posible invertirlas y si no se aprovechan acaban empequeñeciendo. La desolación espiritual ayuda a distinguir entre el amor a Dios y el amor a uno mismo. ¿Dónde está el centro de la propia vida? ¿En el placer, en una persona querida, en uno mismo...? Es preciso comprender que el centro de la vida sólo puede estar en Dios. Pero para eso, deben fallar el placer, las personas, uno mismo. Si sólo se avanza a base de confirmaciones de que lo que se hace es algo bueno y para bien, entonces la persona se va llenando de sí y encerrándose en el yo. Sólo la soledad y el vacío permiten darse cuenta de que ése no es el camino. Dios lo permite⁶¹.

* * *

La vocación es personal, por eso el punto de partida para comprender la vocación es la persona y su historia. De aquí derivan toda una serie de consecuencias prácticas, que recogemos ahora como conclusión.

⁶⁰ Sobre el choque entre sentimientos y pensamientos en las crisis, cfr. RUPNIK, M. I., *El discernimiento*, Madrid: PPC, 2001, 69-80.

⁶¹ *Ibid.*, 111.

La persona no existe aislada, sino en Dios y en la Iglesia. De hecho normalmente cuando se habla de vocación nos solemos referir a algunas vocaciones particulares en la Iglesia, fruto de los carismas que el Espíritu hace surgir dentro del sacerdocio, la vida consagrada o la vida de los fieles laicos. Pues bien, nuestra tesis lleva a subrayar que no hay un modelo de sacerdote, de religioso o de laico comprometido célibe o casado, sino cristianos que encarnan ese ideal y le dan vida, siendo cada uno como es.

En consecuencia, debemos subrayar la unidad de la experiencia cristiana. En la historia, con la propia vida, el cristiano encuentra y realiza su propio ser (verdad, bien, belleza), aceptando el don recibido de Dios libremente, con las decisiones generosas y operativas de su caminar. Los planes de Dios se realizan en la historia, pero cuando la historia se lee y se interpreta en comunión con Jesucristo, en la Iglesia, poniendo en juego todos los talentos recibidos. No es una tautología existencial: lo que pasa en la historia (personal o universal) es lo que Dios quiere, y lo que Dios quiere es lo que pasa en la historia. La vocación sólo se puede comprender junto con el misterio de la libertad, la naturaleza y la historia de la persona, y de Dios Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo.

Por ello, decimos que la vocación se resuelve en la historia. Y así, la Iglesia que es llamada, debe llamar, buscar vocaciones, hacer pastoral vocacional; y habrá vocaciones. El cristiano cuando razonablemente lee su vida –sus aptitudes– desde Jesús y está guiado por la recta intención de vivir para amar a Dios realiza su vocación plenamente, es decir, la historia de su vida es la historia del amor y la misericordia de Dios con él. Jesucristo es el Señor de la historia (cfr. *Redemptor Hominis*, n. 1), «no tengáis miedo, Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Bibliografía

- AA.VV., «Toda vocación es un regalo de Dios», *Seminarios: Sobre los ministerios de la Iglesia* 62, n. 218 (2016) 1-140.
- ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS, N., «Teología y pastoral de la vocación en el contexto actual», *Scripta Theologica* 49 (2017) 605-615.
- BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, Madrid: FCE, 2016.
- CENCINI, A., *Vocaciones: de la nostalgia a la profecía*, Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1991.
- CENCINI, A., *La historia personal, cuna del misterio. Indicaciones para el discernimiento personal*, Madrid: Paulinas, 2003.
- CENCINI, A., «Nuevas realidades en materia vocacional», *Seminarios: Sobre los ministerios de la Iglesia* 62, n. 218 (2016) 51-73.
- DE LA LAMA, E., *La vocación sacerdotal. Cien años de clarificación*, Madrid: Palabra, 1994.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M., *Discernir la llamada: la valoración vocacional*, Madrid: San Pablo, 2008.
- GUARDINI, R., *La aceptación de sí mismo: las edades de la vida*, Madrid: Cristianidad, 1970.
- ILLANES, J. L., *Tratado de teología espiritual*, Pamplona: Eunsa, 2007.
- LORDA, J. L., *Antropología Teológica*, Pamplona: Eunsa, 2009, 113-117.
- MARTOS, J. C., *Abrir el corazón: animación vocacional en tiempos difíciles y formidables*, Madrid: Publicaciones Claretianas, D.L., 2007.
- O'CALLAGHAN, P., *Figli di Dio nel mondo. Un trattato di Antropologia teologica*, Roma: EDUSC, 2013, 289.
- OCÁRIZ, F., «La vocación al Opus Dei como vocación en la Iglesia», en *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid: Rialp, 1993, 135-198.
- PIGNA, A., *La vocación. Teología y discernimiento*, Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1988.
- PINCKAERS, S., *Las fuentes de la moral*, Pamplona: Eunsa, 2007, 427-428.
- POLO, L., «La esperanza», *Scripta Theologica* 30 (1998) 160-161.
- RATZINGER, J., *Teoría de los principios teológicos*, Barcelona: Herder, 1985, 204-227.
- RULLA, L. M., *Antropología de la vocación cristiana 1: Bases interdisciplinares*, Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1990.

RUPNIK, M. I., *El discernimiento*, Madrid: PPC, 2001.

TORELLÓ, J. B., *Psicología y vida espiritual*, Madrid: Rialp, 2008, 179-205.

VIAL, W., «Psicología y celibato», *Scripta Theologica* 50 (2018) 139-166.

RECENSIONES

